



EL ÚLTIMO PRONUNCIAMIENTO CESARIANO

Es indudable que en el último conato de crisis ministerial, o mejor dicho, en el último acto público de la crisis crónica que constituye la vida de los ministerios de este régimen político en liquidación, el señor Maura puso algunas cartas al descubierto dejando en no muy halagüeña postura al poder moderador. Y aquéllo se enmendó con una ficción, cual fué la de que se reorganizaran las Juntas consultivas de las Armas del Ejército. Ficción gacetera que a nadie ha engañado. Y que es acaso más vergonzosa que habría sido un sometimiento claro y patente del poder mal llamado civil. La salida de Romanones cuando lo de Miláns del Bosch en Barcelona, fué mucho más airosa que esta continuación del vencido Cierva. Si es que no hay algún vencido más que el pobre ministro de la Guerra.

Pero si la resolución de aquel conato de crisis ha sido una cosa lamentable y triste y en que han quedado no pocas vergüenzas al descubierto, lo de la conferencia de Pizarra o de la pizarra ha sido más lamentable y más triste. Otra ficción. Otro tapujo para encubrir vencimientos y vencidos.

Que la silvestrada de vísperas de Santiago Matamoros fué un acto de locura, de verdadera locura, o más bien una botaratada, no hay nadie hoy que lo dude. Y había sido una botaratada aun en el caso de haberles salido a medida de sus propósitos a los que la planearon. Porque Cánovas del Castillo le llamó botaratada a la del general Martínez Campos en Sagunto, en 1875, y eso que no salió mal. Pero Cánovas del Castillo creía, y acaso con razón, que habría salido mejor la llamada Restauración sin aquel pronunciamiento. El del general F. Silvestre en julio del año pasado, que aunque otra cosa pareciera no fué más

que un pronunciamiento — un pronunciamiento cesariano, — salió mal, muy mal, y no se le pudo decir al desgraciado caudillo lo que otra vez se le había dicho: «Olé los hombres! Así se hacen las cosas.» Porque la cosa salió deshecha.

La cosa salió deshecha. Y salió deshecho todo propósito de rehacer lo que el caudillo del pronunciamiento había intentado. Aquella marcha al protectorado sobre Tánger a través de Alhucemas quedó destrozada. No era aquel el camino. Ni diplomática, ni estratégica, ni políticamente se podía conseguir así ya nada. Pero, ¿cómo se iba a confesar el error?

Con el desastre de Annual que hizo abortar el pronunciamiento cesariano que para el día de Santiago Matamoros se nos preparaba, se hundió el establecimiento del absolutismo. Después de aquéllo hay que callar los propósitos que se abrigaban bajo las frases del discurso de Córdoba. En Annual se hundió el imperialismo. Pero, ¿cómo se va a declarar esto? Y he aquí por qué se finge persistir en la consecución de los fines que hay que suponer ahora, ocultando los verdaderos, a aquella botaratada. Y he aquí por qué se habla del honor de España, que nada padeció entonces. La libertad de España sí que habría padecido si aquel pronunciamiento cesariano llega a cuajar.

Se ve ahora bien claro que en esa conferencia de Pizarra se ha tenido que renunciar a desatinados planes de conquista imperial y que acaso han visto que no se puede persistir en la política que se llevaba en julio del año pasado respecto a lo de Marruecos. Pero, ¿cómo rectificarlo? ¿Cómo declarar que «así no se hacen las cosas»?

Y luégo lo de Tánger, eso de Tánger que no se ha logrado que sea popular; eso de Tánger que no interesa al pueblo; eso de Tánger que sólo algunos políticos — entre ellos el que se dice caudillo de la Democracia Republicana — defienden y tal vez no más que por defender la esencia de la botaratada de vísperas de Santiago Matamoros, no más que por encubrir todo el fracaso de aquel pronunciamiento cesariano y antiparlamentario.

Antiparlamentario, decimos, porque si aquel pronunciamiento llega a cuajar, el general F. Silvestre habría disuelto el Parlamento sin necesidad de entrar en él a mano armada como hizo el general Pavía. El general F. Silvestre, que era un cesariano más que un pretoriano, iba por Alhucemas a acabar del todo con lo que nos quedaba de Constitución. Los beniturriagueles, que se oponían no al protectorado civil, sino a la conquista cesariana e imperial, era como el mingo de una batalla carambólica. El golpe era aquí donde se quería dar.

Pero, ¿cómo poner ahora todo esto en claro? Y he aquí todo el nudo de la cuestión que se debatía en Pizarra. Y he aquí la razón de esas supuestas habilidades de la nota oficiosa del Gobierno. De este Gobierno que ha debido venir a liquidar los propósitos de absolutismo.

Miguel de UNAMUNO.

